

Eurípides

Las Bacantes



se

Las Bacantes trata la introducción en Grecia del culto a Dionisio, una religión muy distinta de la tradicional olímpica. Dioniso llega a Tebas y enloquece a las mujeres, que celebran sus ritos en el monte Citerón. Desgracias terribles se abaten sobre los que se oponen a su divinidad. Con su acción feroz y los éxtasis de sus odas corales, Bacantes es el mejor reflejo del espíritu dionisiaco en toda la literatura, y la única tragedia ática conocida que tiene a un dios como protagonista.



Eurípides

Las Bacantes

ePub r1.2

Cain 05.06.2018

Título original: *Las Bacantes* (Βάκχαι)

Eurípides, 409 a. C.

Traducción: Rosa García Rodero

Retoque de cubierta: Cain

Editor digital: Cain

ePub base r1.2



Introducción

Después de su muerte se encontraron tres dramas: *Ifigenia en Aulis*, *Alcmeón* y las *Bacantes*, que llevó a escena su hijo Eurípides «el Joven».

El tema de las *Bacantes* recoge la mitología de Dioniso, su regreso a Tebas, donde nació, acompañado de su tíaso de mujeres. Allí es rechazado por sus parientes, que no le reconocen como dios. Penteo, rey de Tebas en ese momento, le persigue y ordena encerrarlo; pero, libre el dios de su prisión, enloquece a Penteo que, disfrazado de bacante, marcha hacia el Citerón para ser allí despedazado por las ménades: su propia madre, Ágave, lo ha confundido con un león y, clavada su cabeza en un tirso, la lleva a través del Citerón hasta el palacio de Tebas, donde Cadmo, su padre, logrará que recupere la cordura y descubra su terrible acción. El triunfo de las bacantes se hace oír junto con las lamentaciones de Ágave y Cadmo. Aparece Dioniso, que envía al destierro a sus parientes y pone de manifiesto su divinidad.

La simbología de Dioniso, dios de la naturaleza salvaje, de lo húmedo como principio de la vida, de todo lo que es caótico, inesperado, muerte y resurrección, el protector de los marginados, las mujeres, los humildes, está presente en la tragedia. Frente a Penteo, símbolo de la razón, de las normas vencidas, el triunfo de Baco, de Dioniso identificado con el toro, símbolo de vida, de fertilidad, asociado a la idea de divinidad suprema, personifica la rectitud, la justicia; las bacantes, mujeres adoradoras de Dioniso, bacantes en cuanto fieles a Baco y partícipes de sus misterios, celebrados en los montes donde tenían lugar las orgías báquicas, en las que se sucedían la *oribasía* o carrera frenética por el monte, el *sparagmós* o despedazamiento de un animal vivo, normalmente un cervatillo, y la *omofagia*, comida de la carne cruda en comunión con el dios, a la que seguía toda clase de portentos y en donde el hombre y el animal se confunden en una liberación de los límites del yo y en comunión con la naturaleza salvaje.

Ménade es la mujer bacante que entra en estado de frenesí báquico o locura. Los atributos de las bacantes son el tirso, flecha coronada de hiedra o pámpanos, la piel de cervato sobre sus hombros y la corona de hiedra o serpientes en la cabeza; forman los tíasos o cofradías del dios, al que celebran con danzas frenéticas y gritos de evohé.

Cronología de su obra

- 455. *Las hijas de Pelias*. Primer drama por el que obtiene un coro.
- 438. *Las cretenses, Alcmeón en Psofis, Télefo y Alcestis*.
- 431. Representa *Medea*. El mismo año comienza la Guerra del Peloponeso.
- 430. *Heraclidas*.
- 428. *Hipólito*.
- 427. *Andrómaca*.
- 424. *Suplicantes y Hécuba*.
- 419. *Electra*.
- 415. *Troyanas*.
- 413. *Ifigenia en Táuris y Heracles loco*.
- 412. *Andrómeda*.
- 412. *Helena e Ión*.
- 410. *Fenicias*.
- 409. *Ifigenia en Aulis, Bacantes y Alcmeón* (Representadas en el 406, después de su muerte).
- 408. *Orestes*.

Guía Didáctica

- [1] Elabora un mapa político de los diferentes estados griegos en el siglo V a. C.
- [2] Haz otro de la región de Beocia y señala especialmente los datos que aparecen en las *Bacantes*, de Eurípides.
- [3] Esquilo nace en el 525 a. C. y Eurípides muere en el 406. Construye una cronología de los acontecimientos históricos y culturales más importantes acontecidos en Grecia entre esas fechas.
- [4] ¿Qué sabes del teatro griego? Elabora un esquema de su origen, desarrollo, certámenes teatrales. Parecidos y diferencias entre tragedia y comedia.
- [5] Haz un resumen de la vida y obra de Esquilo y Sófocles resaltando especialmente las aportaciones teatrales de cada uno.
- [6] Resume la vida y obra de Eurípides, señala especialmente las características de su personalidad, cultura de su época y la influencia en su obra, así como sus aportaciones al teatro.
- [7] ¿Sabes en qué comedias Aristófanes se refiere a Eurípides? ¿Cómo lo ve Aristófanes? Señala las características de Esquilo y Eurípides en *Las ranas* de Aristófanes.
- [8] *Bacantes* fue una representación póstuma. Haz un resumen de las *Bacantes* y del argumento de las otras piezas que integraban la trilogía.
- [9] Elabora un cuadro genealógico de la estirpe de Tebas desde su fundador, Cadmo.
- [10] ¿Quién es Dioniso? Describe su tíaso o cortejo.
- [11] Analiza la estructura de *Las Bacantes*.
- [12] En las *Bacantes* hay dos coros de bacantes, describe el que acompaña al dios y el que está en el Citerón.
- [13] ¿Quién es Tiresias? ¿Aparece en otras tragedias?
- [14] Señala lo que el adivino reprocha a Penteo.
- [15] ¿Cómo describe el primer mensajero a las bacantes?

- [16] ¿Cómo persigue Penteo al dios? ¿Cómo se libera Dioniso?
- [17] ¿Con qué animal confunde Penteo a Dioniso? Las bacantes incitan al dios a que se transforme en animales; di en cuáles.
- [18] Describe cómo narra el segundo mensajero los ritos de las bacantes y la muerte de Penteo.
- [19] Ágave presume de haber cazado un león y haber abandonado el telar. ¿Conoces las ocupaciones de la mujer y el hombre en el mundo griego?
- [20] La aparición de Dioniso es una epifanía. ¿Conoces otras epifanías de dioses en la obra de Eurípides? ¿Conoces los recursos teatrales de Eurípides? ¿Qué era el *deus ex machina*?
- [21] Cadmo tiene que abandonar Tebas y marchar a Iliria. ¿Conoces el final de Cadmo y Harmonía?
- [22] El coro ha permanecido hasta el final en escena. ¿Conoces la función y partes del coro?

DIONISO

Fuentes

- *Himno homérico a Dioniso*, I.
- HESÍODO, *Teogonía*, 940-942.
- EURÍPIDES, *Bacantes*.
- ARISTÓFANES, *Las Ranas*.
- APOLODORO, *Biblioteca*, 2,2; III, 4, 3; V, 1.
- VIRGILIO, *Eneida* I, 67; III, 14; V, 512.
- OVIDIO, *Metamorfosis*, III, 259 SS., IV; 512 ss.; V.
- HIGINIO, *Fábulas*, 2; 4; 129; 132; 134; 167; 179.
- PAUSANIAS, I, 44; II, 37, 5; III, 24, 3; IX, 5, 2; 34, 7.
- LUCIANO, *Diálogos de los dioses*, IX, 2.
- DIODORO SÍCULO, IV, 2, 2; 25, 4.
- NONO DE PANÓPOLIS, *Dionisíacas*.

Ediciones y traducciones

DODDS, E. R.: *Eurípides, Bacchae*. Oxford, 1960.

TOVAR, A.: *Eurípides, Tragedias II*. Alma Mater, Barcelona, 1960.

ROUX, J.: *Les Bacchantes*, vol. I: Introduction, texte, traduction. París, 1970; vol. II: Commentaire; 1982.

KIRK, G. S.: *The Bacchae by E., a transl. with commentary*. Londres, 1970.

LAZARI, P.: *Euripide, Le Baccanti*. Florencia, 1975.

GARCIA GUAL, C., DE CUENCA Y PRADO, L. A.: *Eurípides, Tragedias*. Ed. Gredos. Madrid, 1979.

MELERO BELLIDO, A.: *Eurípides, Cuatro tragedias y un drama satírico*. Akal/Clásica, Madrid, 1970.

FERNANDEZ-GALIANO, M.: *Eurípides, Tragedias áticas y tebanas*. Planeta. Barcelona, 1991.

Bibliografía

MURRAY, G.: *Eurípides y su tiempo*. Fondo de Cultura Económica. México, 1940.

JEANMARIE, H.: *Dionisos. Histoire du culte de Bacchus*. Paris, 1951.

NIETZSCHE, F.: *El nacimiento de la tragedia*. Alianza Ed. Madrid, 1973.

KERENYI, K.: *Dionysos. Archetypical Images of Indestructible Life*. Princeton University Press, 1976.

DETIENNE, M.: *Dionisos mis à mort*. París, 1977.

ROUGET, G.: *La musique et la transe. Esquisse d' une théorie générale des relations de la musique et de la possession*. París, 1980.

VILCHES, M.: *El engaño en el teatro griego*. Madrid, 1976.

DODDS, E. R.: *Los griegos y lo irracional*. Alianza Universidad, Madrid, 1980.

VERNANT, J. P., VIDAL-NAQUET, P.: *Mito y tragedia en la Grecia Antigua*, Vol. II. Paidós. Barcelona, 2002.

DRAMATIS PERSONAE

DIONISO

CORO

TIRESIAS

CADMO

PENTEO

SERVIDOR

MENSAJERO 1

MENSAJERO 2

ÁGAVE

Las Bacantes

DIONISO.- Vuelvo como hijo de Zeus a esta tierra de los Tebanos, yo, Dioniso, al que dio vida un día la hija de Cadmo, Sémele, anticipado el parto por el fuego del relámpago; he cambiado la figura de dios por la mortal y estoy junto a la fuente de Dirce y el río Ismeno. Veo la tumba de mi madre herida por el rayo, aquí, junto a las ruinas de su casa y del palacio que humean por la llama aún viva del fuego de Zeus, crueldad divina de Hera contra mi madre. Alabo a Cadmo, que hizo inviolable este lugar, recinto funerario de su hija; de vid alrededor yo lo he cubierto con el tierno ropaje de sus racimos. Dejé los campos ricos en oro de los Lidios y los Frigios, las llanuras de los Persas heridas por el sol, los muros de Bactria y la áspera tierra de los Medos. Recorrí la Arabia feliz y toda el Asia, que se extiende junto al salado mar, con sus ciudades de hermosas torres, pobladas por igual por griegos y bárbaros. Es ésta la primera ciudad de los Helenos a la que llego después que allí he creado mis coros y fundado mis misterios a fin de hacerme un dios visible entre los hombres. La primera de esta tierra helénica, a Tebas, he hecho romper en gritos, vistiéndola con piel de cervato y poniendo en su mano un tirso, dardo de hiedra, pues las hermanas de mi madre, las que menos debían, decían que Dioniso no había sido engendrado por Zeus, y que Sémele, unida a cualquier mortal, culpaba a Zeus de su lujuria. ¡Mentiras de Cadmo! Y pregonaban que por eso Zeus la mató, por fingir una falsa boda. Por eso yo las aguijoneé lejos de sus casas y, delirantes, vagan por el monte con mente extraviada. Las obligué a llevar el atavío de mis orgías, y a toda la semilla femenil de los Cadmeos, cuantas mujeres había, las arrastré fuera de sus casas y, confundidas con las hijas de Cadmo, bajo los verdes abetos, se echan sobre las rocas a cielo abierto. Porque esta ciudad no iniciada en mis orgías báquicas debe enterarse, aunque no quiera, que yo lograré devolver el honor a mi madre Sémele y mostrarme a los hombres como el dios que engendró de Zeus. Cadmo ha entregado la dignidad de rey a Penteo, nacido de su hija, que lucha contra mí, un dios, me excluye de sus libaciones y no menciona mi nombre en sus plegarias. Por eso voy a demostrar que he nacido dios, ante él y ante todos los Tebanos. Después de poner en orden esta ciudad, dirigiré mis pasos a otra tierra en mi epifanía. Y si Tebas en su locura intenta expulsar del monte a las bacantes, yo mismo conduciré a las ménades como un ejército. Por eso he dejado la forma de dios y tomado la apariencia de mortal. ¡Vosotras que dejasteis el sagrado Tmolo, baluarte de Lidia, mi tíaso, mujeres que desde tierras bárbaras he traído como compañeras de reposo y de camino! Levantad los tamboriles frigios, invento de la Madre Rea y mío, acercaos a este palacio de Penteo y alborotad para que la ciudad de Cadmo lo vea. Yo voy con las bacantes, a los valles del Citerón donde ellas están, y tomaré parte en sus danzas.

CORO.-

*Desde la tierra de Asia
dejando el sagrado Tmolos corro
en pos de Baco, dulce esfuerzo,
fatiga que es feliz fatiga,
celebrando a Baco con gritos de evohé
¿Quién en la calle? ¿Quién en la calle?
¿Quién?
Que se retire a su casa, y su boca
un reverente silencio guarde;
que yo los himnos rituales
cantaré siempre a Dioniso.*

(Estrofa 1ª)

*Dichoso el que feliz, iniciado
en los misterios de los dioses,
santifica su vida
y ofrece su alma como compañera del tiaso del dios
danzando en los montes como bacantes
en sagradas purificaciones,
el que celebra las orgías
de la Gran Madre Cíbele,
agitando el tirso impetuoso
y, coronado de hiedra,
sirve a Dioniso.
Id, bacantes, id, bacantes, vosotras
que a Bromio, dios, hijo de dios,
a Dioniso acompañáis,
desde los montes de Frigia
a los anchos caminos de la Hélade,
id a Bromio.*

(Antístrofa 1ª)

*A quien, antaño, su madre,
que aún lo llevaba en sus entrañas,
entre los violentos dolores de parto
anticipados por el trueno de Zeus
liberó de su vientre y daba la vida
mientras sucumbía por la herida del rayo.
Al instante lo acogió,
para otro parto, Zeus el Crónida*

*y lo albergó en su muslo
que sujetó con fíbulas de oro
ocultándolo así a su esposa Hera.
Lo parió, cuando las Moiras quisieron,
al dios de cuernos de toro
y su frente adornó
con coronas de serpientes,
presa de caza, que las ménades
ciñen a sus cabellos trenzados.*

(Estrofa 2ª)

*¡Tebas, nodriza de Sémele,
corónate de hiedra,
brota, brota en nuevos retoños
de vid de dulce fruto,
y con ramas de pino y encina
entrégate al frenesí báquico.
La moteada piel de cervato,
cíñela con trenzas de blanca lana,
y en torno a los tirsos frenéticos
honra al dios! Pronto toda la tierra danzará;
quien guía el tíaso ese es Bromio.
¡Al monte! ¡Al monte!
Allí espera la turba de mujeres,
libre de telares y lanzaderas,
como un tábano las agujonea Dioniso.*

(Antístrofa 2ª)

*¡Antro en que moran los Curetes
sagrado recinto de Creta
donde Zeus nació.
Cuevas donde los coribantes
de triple casco inventaron para mí
este aro de piel tensada,
y en báquica locura unieron su sonido
al dulce aliento de flautas frigias
y en la mano lo pusieron de la Madre Rea,
como ritmo acompasado del canto de las Bacantes!
Sátiros locos lo recogieron de la Diosa Madre
y unieron a las danzas trienales
con las que Dioniso goza.*

(Epodo)

*Hay placer en la montaña, cuando desde el tíaso
a la carrera, cubierto
con la sagrada piel de cervato, se arroja al suelo para cazar
la sangre del macho cabrío, gozo de la carne cruda,
y marcha a los montes de Frigia, de Lidia.
El que inicia el canto es Bromio.
¡Evohé! ¡Evohé!
Mana de la tierra leche, mana vino,
mana de las abejas el néctar.
Se respira un aroma
como de incienso de Siria,
cuando Baco levanta en alto
la llama roja de la tea del pino,
a la carrera con su antorcha,
dejando al aire sus delicados rizos,
con danzas y alaridos
agita a las delirantes mujeres,
bramando con cantos de evohé:
¡Id, bacantes! ¡Id, bacantes!
Con los dorados adornos del Tmolo,
cantad a Dioniso,
al ronco son de los panderos
con gritos de evohé, honrad al dios del evohé.
Entonces con voces de Frigia
cuando la sagrada flauta
modula dulces sonos que acompañan
al monte, al monte, a las bacantes
como el potro que en el prado
a su madre sigue, alborozada
mueve su rápido pie
en su danza la bacante.*

TIRESIAS.- ¿Quién está en la puerta? Quienquiera que seas llama a Cadmo, el hijo de Agenor, el que dejó la ciudad de Sidón y vino a levantar las torres de esta ciudad de Tebas. Que vaya alguien y le anuncie que le busca Tiresias. Él sabe bien a qué vengo y qué hemos acordado, yo, un viejo con otro todavía más viejo, atar tirsos, cubrirnos con la piel de cervato y coronar nuestras cabezas con brotes de hiedra.

CADMO.- ¡Queridísimo amigo! Desde dentro del palacio reconocí la voz sabia de un

hombre sabio. Vengo ya vestido con los atavíos del dios, pues es preciso que al que es hijo de mi hija, a Dioniso, un dios manifiesto a los mortales, celebremos en la medida de nuestras fuerzas. ¿A dónde debo ir a danzar, a dónde a posar mi pie y agitar mi cabeza canosa? Ya que eres sabio, guíame tú, viejo Tiresias, a mí que soy otro viejo, porque no me cansaré de golpear la tierra con el tirso, noche y día. Olvidaré con placer que somos viejos.

TIRESIAS.- Te sucede entonces lo mismo que a mí; yo también me siento joven, me atreveré a danzar.

CADMO.- ¿Vamos a ir al monte en carro?

TIRESIAS.- No, de ese modo el dios no tendría igual honor.

CADMO.- ¿Y te voy a guiar como a un niño, yo, un viejo a otro viejo?

TIRESIAS.- El dios nos guiará allí sin esfuerzo.

CADMO.- ¿Somos los únicos de la ciudad que danzaremos en honor de Baco?

TIRESIAS.- Porque sólo nosotros somos prudentes, los otros no lo son.

CADMO.- Ya es larga la espera; cógete de mi mano.

TIRESIAS.- Toma la mía, estréchala.

CADMO.- No seré yo, un mortal, quien desprecie a los dioses.

TIRESIAS.- Ante los dioses nadie es sabio. Y las tradiciones de nuestros padres, antiguas como el tiempo, ninguna crítica podrá echarlas al suelo, aunque éstas vengan del más encumbrado talento. Alguien dirá que no respeto la vejez, porque voy a danzar coronada mi cabeza de hiedra. Pero el dios no distingue si es el joven o el viejo quien debe bailar. Quiere ser celebrado por todos sin excluir a nadie, desea recibir honor.

CADMO.- Puesto que tú, Tiresias, no puedes ver, seré yo mismo quien te avise con mis palabras. Viene hacia aquí muy deprisa Penteo, el hijo de Equión, a quien di el mando de esta tierra. Está fuera de sí. ¿Qué cosa nueva irá a decir?

PENTEO.- Estaba ausente de esta tierra, cuando supe que extrañas cosas sucedían en Tebas, que nuestras mujeres han abandonado sus casas con fingidos delirios báquicos y en los montes sombríos corren celebrando con sus danzas a ese dios recién llegado, a Dioniso, quienquiera que sea. Que en medio de sus coros, llenas están las cráteras de vino y cada una en soledad acude sin pudor a servir el placer

de un hombre. Dicen que son Ménades rituales, pero honran a Afrodita antes que a Baco. Cuantas pude sorprender, atadas sus manos, presas, las vigilan mis servidores, y a las que faltan iré al monte a cazarlas: a Ino, a Ágave que me parió para Equión, y a Autónoe, la madre de Acteón. Las encerraré en redes de hierro y haré que dejen esa vergonzosa bacanal. Dicen que ha llegado un extranjero, un encantador de la tierra de Lidia, perfumado su cabello de rubios rizos, y en su mirada los oscuros encantos de Afrodita, y que de día y de noche va seduciendo a nuestras jóvenes con ritos de evohé. Si logro tenerlo dentro de esta casa, haré que deje de agitar el tirso y su cabellera porque le voy a separar del cuerpo su cabeza. Él dice que es Dioniso, ese que un día estuvo cosido en el muslo de Zeus y fue fulminado por el rayo con su madre porque ella había fingido una unión con Zeus. ¿No merece todo esto un terrible castigo y actuar con furiosa violencia, sea quien sea el extranjero? ¡He aquí otro prodigio! Veo al adivino Tiresias con las moteadas pieles de cervato y al padre de mi madre, ¡qué gran ridículo!, como una bacante con el tirso; me avergüenzo, abuelo, al ver vuestra vejez carente de juicio. ¿No vas a quitarte la hiedra, ni vas a soltar el tirso, padre de mi madre? Tú le has convencido, Tiresias. ¿Quieres introducir a ese nuevo dios entre los hombres, para conseguir tu salario escudriñando los augurios de las aves? Si no te salvara tu canosa vejez, estarías atado junto a las bacantes por introducir misterios perversos, pues si llega a las mujeres en un banquete el brillante jugo de la vid, no hay nada sensato que pueda decir ya de esos ritos.

CORIFEO.- No respetas, extranjero, la piedad, ni a Cadmo que sembró la cosecha de los hijos de la tierra. ¿Tú, que eres hijo de Equión, ultrajas a tu stirpe?

TIRESIAS.- Cuando un hombre prudente encuentra una buena causa para sus palabras, no es difícil hablar bien. Tú tienes la lengua rápida como si pensaras, pero en tus palabras no hay ningún fundamento; un hombre audaz y que sabe hablar llega a ser un funesto ciudadano cuando no es sensato. Ese dios nuevo, del que tú te burlas, no encuentro modo de decir cuánta será su grandeza, en toda la Hélade. Porque dos cosas, joven, son fundamentales para los hombres: la diosa Deméter que es la tierra, llámala como quieras, ella alimenta con frutos secos a los hombres. Y el que vino después, el hijo de Sémele, que inventó el húmedo jugo del racimo y lo entregó a los mortales que, apenas saciándose, dejan al sueño y al olvido las cotidianas penas, y no hay ningún remedio para los males. Él, que ha nacido dios, se ofrece a los dioses en libaciones, de manera que por él los hombres obtienen sus bienes. ¿Te burlas, porque estuvo cosido en el muslo de Zeus? Te explicaré cómo eso es justificable. Cuando Zeus arrebató de entre el fuego del rayo al niño divino y lo elevó al Olimpo, Hera quería expulsarlo del cielo. Y Zeus maquinó contra ella una treta digna de un dios. Rasgando una parte del éter que rodea la tierra, formó una imagen de Dioniso que entregó a Hera

como rehén de sus enojos. Con el tiempo, los hombres dijeron que fue cosido en el muslo de Zeus, confundieron las palabras, ya que el dios una vez fue rehén de la diosa Hera. Así compusieron esa leyenda. Este dios es también adivino, porque lo báquico y lo delirante tienen un gran poder profético. Pues cuando el dios entra en el cuerpo hace predecir el futuro a los poseídos por el delirio. También tiene cierta participación de los dominios de Ares, pues cuando el terror perturba a un ejército en armas y en orden de batalla antes de tomar la lanza, esa locura también viene de Dioniso. Más aún a él mismo lo verás en las rocas de Delfos, saltando en la cumbre de doble cima con antorchas, agitando violentamente el tirso báquico. En toda la Hélade será celebrado. Hazme caso, Penteo, no te ufanes de que tu poder permitirá hacer violencia contra los hombres, ni creas, si con insensato juicio lo piensas, que tienes razón: recibe al dios en el país, ofrece libaciones, danza y corona tu cabeza de hiedra. Dioniso no obligará a las mujeres a mostrarse moderadas ante Cipris, es de la propia naturaleza de donde depende siempre la cordura. Conviene que consideres esto: la que es prudente no se pervertirá en las bacanales. ¿Ves?, tú te alegras cuando ante tu palacio la ciudad magnifica el nombre de Penteo; también él me parece que goza cuando le honran. Por eso, Cadmo, del que te burlas, y yo nos hemos coronado de hiedra y vamos a danzar, dos ancianos ya canosos, pero danzaremos en su honor, y no lucharé contra un dios por hacer caso a tus palabras. Porque estás loco, y no hay drogas que puedan curarte ni las necesitas para delirar.

CORIFEO.- Tú, anciano, no ofendes a Febo con tus palabras, y eres prudente al honrar a Bromio como un gran dios.

CADMO.- Hijo, Tiresias te ha aconsejado bien. Ven con nosotros y no te pongas fuera de las normas. Ahora desvarías y en tus razones no hay nada sensato; aunque ese no sea un dios, como tú dices, calla y finge admitir que lo es, para que parezca que Sémele dio a luz un dios, y nosotros, toda la familia, ganemos el honor. Mira el funesto destino de Acteón, al que destruyeron las mismas perras que él había criado porque pretendió ser mejor que Artemis con sus jaurías en las montañas. ¡Que tú no padezcas eso! ¡Ven aquí, voy a coronar tu cabeza de hiedra y ven con nosotros a honrar al dios!

PENTEO.- ¡No me pongas la mano encima y márchate a bailar, no vayas a contagiarme tu locura! De tu insensatez, éste, tu maestro, pagará la culpa. Que alguien vaya a donde éste escucha el vuelo de las aves, que derribe y revuelva todo de arriba abajo y eche sus ínfulas a los vientos y a las tormentas, pues haciendo esto le haré sufrir más. Y vosotros recorred la ciudad y seguid el rastro al extranjero de aspecto afeminado que ha traído una nueva enfermedad a las mujeres y sus lechos ultraja. Y si lo apresáis, traedlo aquí, para que reciba la pena de lapidación y muera, después de ver en Tebas una amarga bacanal.

TIRESIAS.- ¡Desgraciado, pues no sabes a dónde vas con tus palabras! ¡Estás loco, aunque hace tiempo que desvarías! Vámonos nosotros, Cadmo, y supliquemos por él, aunque sea un salvaje, y por la ciudad, para que el dios no haga nada inesperado. Ahora acompáñame con tu tirso cubierto de hiedra, esfuérzate por sostener mi cuerpo y yo el tuyo, pues sería lastimoso que se cayeran dos viejos. ¡Vamos, pues debemos servir a Baco, el hijo de Zeus! ¡Ojalá que Penteo no traiga dolor a tu casa, Cadmo! Y no hablo por adivinación sino por los hechos, porque delira como un loco.

CORO.-

(Estrofa 1ª)

*¡Piedad, señora de los dioses!
¡Piedad, que sobre la tierra
extiendes tu ala de oro!
¿Oyes las palabras de Penteo?
¿Oyes su impía soberbia
contra Bromio, el hijo de Sémele,
el dios que en las fiestas de hermosas coronas
es el primero de los felices y se ocupa de
guiar a su tíaso en las danzas,
de reír al son de la flauta,
y quitar las penas, cuando llega
el brillante jugo del racimo
en los banquetes de los dioses,
y en las fiestas, de hiedra coronados,
la crátera envuelve en el sueño a los mortales?*

(Antístrofa 1ª)

*¡De bocas sin freno,
de la demencia sin norma
el fin es el infortunio!
La vida serena
y la moderación de pensamiento
conserva una estable firmeza
y mantiene unido un hogar.
Pues, aunque lejos, habitantes del éter,
los dioses celestes ven las cosas de los mortales.
La ciencia de los sabios no es sabiduría
ni meditar en cosas no concedidas a los mortales.
Breve es la vida; y en ella,*

*el que busca lo grande
ni siquiera alcanza lo cercano.
Ésas son actitudes en mi opinión
de insensatos y enloquecidos mortales.*

(Estrofa 2ª)

*¡Ojalá pudiera llegar a Chipre,
la isla de Afrodita,
donde habitan los Amores
que el corazón de los hombres hechizan!
¡Y a Pafos, que con cien bocas
las corrientes de un río bárbaro
sin lluvia fertilizan!
¡O a la hermosa Pieria,
sede de las Musas,
sagrada ladera del Olimpo!
¡Llévame allí, Bromio, Bromio
dios del Evohé!
Allí están las Gracias,
allí está el Deseo, allí es piadoso
que celebren sus fiestas las bacantes.*

(Antístrofa 2ª)

*El dios, hijo de Zeus,
se alegra en los festejos
y ama la Paz, que da prosperidad
y es nodriza de la juventud.
Por igual al rico y al más pobre
les concedió el goce del vino.
Aborrece al que no busca,
a la luz del día y en las noches amables
una existencia feliz, a quien no mantiene
su corazón y su inteligencia
apartados de los hombres desenfrenados.
Lo que la gente más sencilla.
estima y practica, esto es lo que yo quiero aceptar.*

SERVIDOR.- Penteo, aquí estamos, después de cazar esta pieza por la que nos mandaste; no hemos ido en vano, la fiera fue mansa con nosotros y no intentó la huida, nos entregó sus manos de buen grado y no palideció ni alteró el rojizo color de su mejilla. Permitió sonriendo que lo atáramos, se estuvo quieto, haciendo fácil mi tarea. Yo le dije con respeto: «Extranjero, no te llevo por mi

gusto, sino por orden de Penteo, que me envió». En cuanto a las bacantes que prendiste y encadenaste en la prisión de la ciudad, libres han huido a los montes y allí danzan invocando a Bromio como dios. Solas se rompieron sus cadenas, se soltaron sus grillos y sin manos los cerrojos abrieron las puertas. ¡De muchos prodigios llega este hombre a Tebas! Ahora, lo demás es cosa tuya.

PENTEO.- Desata sus manos, cogido como está en la red, no es tan rápido como para que se escape. Tienes gracia en tu figura, extranjero, al menos para las mujeres, que es a lo que has venido a Tebas. Llevas la melena larga, no como en la lucha, sino derramada por tu mejilla, llena de encantos. Mantienes el color de tu piel blanco con cuidados, porque no bajo los rayos de sol sino en la oscuridad cazas con tu belleza a Afrodita. Pero, primero, dime cuál es tu origen.

DIONISO.- Es fácil decirlo sin ninguna jactancia. ¿Conoces el florido Tmolos?

PENTEO.- Lo conozco, el que rodea con un círculo la ciudad de Sardes.

DIONISO.- De allí soy, Lidia es mi patria.

PENTEO.- ¿Y cómo traes a Grecia estos ritos?

DIONISO.- El mismo Dioniso, el hijo de Zeus, me inició.

PENTEO.- ¿Hay allí algún Zeus que engendra dioses nuevos?

DIONISO.- No, sino el que en esta tierra se unió a Semele.

PENTEO.- Y ¿cómo vino a ti, en sueños nocturnos o cara a cara?

DIONISO.- Yo lo veía, él me veía a mí y me transmitió sus misterios.

PENTEO.- ¿Y esos misterios, qué forma tienen?

DIONISO.- Está prohibido saberlo a los no iniciados.

PENTEO.- ¿Y sirven de algo para los que se sacrifican en ellos?

DIONISO.- No te está permitido oírlo, pero es preciso conocerlos.

PENTEO.- Me engañas con equívocos para que desee escucharte.

DIONISO.- Los ritos del dios rechazan al que cultiva la impiedad.

PENTEO.- ¿Viste al dios, dices? ¿Cómo era?

DIONISO.- Como quería; yo no le daba órdenes.

PENTEO.- Respondes con evasivas, no dices nada.

DIONISO.- Es un insensato quien pide prudencia a un insensato.

PENTEO.- ¿Vienes aquí..., en primer lugar, a traer a ese dios?

DIONISO.- Todos los bárbaros celebran con danzas sus orgías.

PENTEO.- Porque son menos sabios que los helenos.

DIONISO.- En esto más: sus costumbres son diferentes.

PENTEO.- Esos ritos, ¿los celebras de noche o de día?

DIONISO.- De noche la mayoría: la oscuridad tiene algo de sagrado.

PENTEO.- Es corruptora para las mujeres y engañosa.

DIONISO.- Quien busque la maldad también la encontrará de día.

PENTEO.- Vas a sufrir castigo por tus torcidas razones.

DIONISO.- Y tú por tu ignorancia y tu impiedad con el dios.

PENTEO.- Eres atrevido como un loco y ejercitado en hablar.

DIONISO.- Dime, puesto que debo sufrir, ¿qué terrible castigo?

PENTEO.- Haré cortar tu delicada melena.

DIONISO.- Es sagrada: dejo que crezca para el dios.

PENTEO.- ¡Entrégame ese tirso!

DIONISO.- Quítamelo tú mismo; lo llevo, pero es de Dioniso.

PENTEO.- Te guardaremos dentro con cadenas.

DIONISO.- Me liberará el dios mismo, cuando yo quiera.

PENTEO.- Sí, apenas le llames en medio de las bacantes.

DIONISO.- Lo que ahora sufro, él lo ve, porque está presente.

PENTEO.- ¿Y dónde está? ¿Por qué no lo veo?

DIONISO.- Está conmigo. Tú no lo ves porque eres impío.

PENTEO.- ¡Agarradle! Este se burla de mí y de Tebas.

DIONISO.- Os ordeno, insensatos, que no me atéis.

PENTEO.- Pero yo tengo más autoridad que tú y ordeno que te aten.

DIONISO.- No sabes ya qué te pasa, ni qué haces, ni quién eres.

PENTEO.- Soy Penteo, hijo de Ágave y de Equión, mi padre.

DIONISO.- ¡Penteo, dolor, qué apropiado tu nombre para la desgracia!

PENTEO.- Vete. Encerradle en las cuadras de mis caballos, para que vea bien las oscuras tinieblas, y allí dance. Y a las que has traído contigo, cómplices de tus maldades, las venderé o haré que sus manos dejen de golpear los panderos y que me sirvan como esclavas en el telar.

DIONISO.- No tengo que soportar lo que no es necesario. Me voy, pero sobre ti, en pago de estos abusos, caerá Dioniso, ese cuya existencia niegas. Pues al encarcelarme, es a él a quien ofendes.

CORO.-

(Estrofa)

*¡Hija del Aqueloo,
soberana y virginal Dirce!
Tú que un día recibiste en tus fuentes
al retoño de Zeus,
cuando del fuego inmortal
lo arrebató su padre,
y cobijándolo en su muslo gritó:
¡Ven, Ditirambo,
entra en mi matriz varonil!
Yo te muestro, Baco, a Tebas
para que te invoque con este nombre.
Tú, ahora, divina Dirce,
me rechazas cuando con coronas
con mi tíaso a ti acudo.
¿Por qué me niegas? ¿Por qué me evitas?*

*Aún todavía ¡Por la gracia
de la vid de Dioniso!
¡De Bromio aún tendrás que acordarte!*

(Antístrofa)

*Observa qué cólera, una cólera
propia de su subterránea estirpe
muestra el brote del dragón, Penteo,
al que Equión, hijo de la tierra engendró,
¡monstruo salvaje!, no como hombre,
sino como gigante sanguinario
enemigo de los dioses.
Que pronto a mí, que soy de Bromio,
en redes de hierro va a apresarme,
y guarda ya oculto,
en tenebrosas mazmorras,
al guía de mi tíaso.
¿Ves esto, Dioniso, hijo de Zeus,
a tus fieles en lucha contra la violencia?
¡Ven, tú que agitas el dorado tirso!
¡Señor, ven desde el Olimpo!
Detén la osadía
de un hombre tan sanguinario!*

(Epodo)

*¿Por dónde guías con el tirso
tu tíaso, Dioniso?
¿Por Nisa o por las cumbres del Corico?
¿Acaso por los recintos arbolados del Olimpo,
donde al son de la cítara
antaño congregaba Orfeo
a los árboles y a las fieras salvajes?
¡Feliz Pieria,
te honra el dios del evohé,
a ti vendrá danzando
y llevará a las ménades
que en sus coros giran,
cruzarán las corrientes del Axio
y del padre Lidias, del que oí
que da felicidad a los mortales
y fertiliza con sus bellísimas aguas*

una tierra de buenos caballos!

DIONISO.- ¡Ioh! ¡Escucha, oíd mi voz! ¡Ioh, bacantes! ¡Ioh, bacantes!

CORO.- ¿Quién está ahí? ¿Quién? ¿De dónde me llama la voz de Evio?

DIONISO.- El hijo de Sémele, el hijo de Zeus, yo os llamo.

CORO.- ¡Ioh! ¡loh! ¡Señor, señor ven ahora a nuestro tíaso! ¡Oh Bromio, Bromio!

DIONISO.- ¡Sacude el suelo, Señora de la Tierra!

CORO.- ¡Ah, ah! Pronto se derrumbarán los techos del palacio de Penteo. Dioniso está dentro. Adoradle. Lo adoramos ¡Oh! ¿Veis cómo caen los pétreos entablamentos sobre las columnas? ¡Bromio está gritando dentro del palacio!

DIONISO.- ¡Prende tu roja antorcha como el rayo! ¡Incendia! ¡Incendia la casa de Penteo!

CORO.-

¡Ah! ¡Ah!

¿No ves el fuego?

¿No deslumbra a tus ojos

el resplandor de la llama

que dejó encendida el rayo de Zeus

sobre la sagrada tumba de Sémele?

¡Echad al suelo vuestros cuerpos temblorosos!

¡Echaos, ménades! Que, derribando este palacio,

acude aquí el soberano hijo de Zeus.

DIONISO.- Mujeres bárbaras, ¿tanto es vuestro pánico que os habéis echado al suelo? Sentisteis, según parece, que Baco sacudía la casa de Penteo ¡Ea, levantaos! Sosegaos, que no tiemblen más vuestros cuerpos.

CORIFEO.- ¡Oh suprema luz de nuestras báquicas fiestas de evohé, con qué gozo te veo, cuando estaba en soledad y abandono!

DIONISO.- ¿Habíais caído en el desánimo, cuando caí prisionero en las tenebrosas mazmorras de Penteo?

CORIFEO.- ¿Y cómo no? ¿Quién era mi defensor, si tú caías en la desgracia? ¿Cómo te has liberado si estabas preso de ese hombre impío?

DIONISO.- Yo mismo me salvé fácilmente y sin trabajo.

CORIFEO.- ¿No encadenó tus manos?

DIONISO.- Yo me burlé de él, creyendo encadenarme no me tocó, vivía de ilusiones. Vio a un toro en el establo en que a mí me encerró y a éste le echó las ligaduras a las patas, respirando cólera, destilando sudor su cuerpo, mordiendo con los dientes sus labios. Yo estaba junto a él tranquilo, mirando. En ese momento llegó Baco, estremeció la casa y avivó el fuego en la tumba de su madre. Cuando él lo vio, creyendo que ardía la casa, corría aquí y allá y ordenaba a los esclavos transportar un Aqueloo, vana fatiga. Al ver que yo había huido, abandonó este trabajo y entró en el palacio empuñando una negra espada. Entonces Bromio, pues así me pareció, digo mi opinión, creó dentro del palacio una imagen, y lanzándose contra ella hería el brillante éter creyendo que me degollaba a mí. Además de esto, Baco derribó en pedazos su palacio; para él mi prisión ha resultado una visión muy amarga y ahora, agotado por el esfuerzo, ha soltado la espada. ¡Tuvo la audacia de luchar contra un dios! Yo he salido tranquilo y vengo ante vosotras sin preocuparme de Penteo. Según me parece, resuenan sus botas dentro de la casa y llegará pronto a la entrada. ¿Qué dirá de todo esto? Lo soportaré con calma, aunque venga respirando fuerte, pues es sabio practicar una serena prudencia.

PENTEIO.- Me han sucedido cosas extrañas: se ha escapado el extranjero que hace un momento estaba con cadenas. ¡Eh! ¡Aquí está ese hombre! ¿Qué es esto? ¿Cómo te presentas ante mí, junto a mi casa, después de haberte escapado?

DIONISO.- Detén tus pasos, pon a tu cólera pies tranquilos.

PENTEIO.- ¿Cómo te has librado de tus ataduras y salido afuera?

DIONISO.- ¿No dije o no oíste: alguien me desatará?

PENTEIO.- ¿Quién? Me envuelves siempre con palabras extrañas.

DIONISO.- El que hace crecer la vid de muchos racimos para los hombres.

PENTEIO.- Voy a mandar que cierren todas las torres de la muralla.

DIONISO.- ¿Por qué? ¿Acaso no traspasan los dioses los muros?

PENTEIO.- Eres sabio, sabio, excepto para lo que debes serlo.

DIONISO.- Me muestro sabio en lo que es necesario. Pero aprende escuchando primero las palabras de ése que viene de los montes para anunciarte algo. Nosotros te esperamos, no vamos a escaparnos.

MENSAJERO.- Penteo, soberano de esta tierra tebana, vengo desde el Citerón, allí donde nunca cesan los ágiles copos de la blanca nieve.

PENTEIO.- ¿Qué grave noticia vienes a anunciarme?

MENSAJERO.- He visto a las bacantes que huyeron de esta tierra lanzando como dardos sus blancas piernas y vengo deseando decirte, rey, a ti y a la ciudad, qué prodigios realizan, cosas que superan a los milagros. Pero deseo saber si puedo con libertad de palabra relatar lo ocurrido allí o debo contener mi lenguaje. Porque temo, señor, los prontos de tu carácter, tu severidad real y tu violencia.

PENTEIO.- Habla, que por mi parte no habrá ningún castigo. Pues no hay necesidad de enojarse con los justos. Cuantos más terribles hechos digas de las bacantes, tanto mayor será el castigo que imponga al que introdujo esas prácticas en las mujeres.

MENSAJERO.- Guiaba en ese momento la manada de terneras por los peñascos hacia los pastos, apenas el sol lanza sus rayos a calentar la tierra, cuando distinguí tres coros de mujeres; uno de éstos lo mandaba Autónoe, el segundo Ágave, tu madre; Ino el tercer coro. Todas dormían abandonando sus cuerpos, unas apoyando la espalda sobre las ramas de un abeto, otras recostaban su cabeza sobre hojas de encina, reclinadas al azar con decoro, y no como tú dices, ebrias y enloquecidas por los sonos de la flauta buscando el placer de Cipris en la soledad del bosque. Apenas oyó los mugidos de mis vacas, tu madre, levantándose en medio de las bacantes, dio un grito para que sacudieran el sueño. Ellas, despertando de un profundo sueño, se pusieron en pie de un brinco, ¡era admirable su orden! Jóvenes, viejas y muchachas aún sin casar. Primero dejaron caer sobre los hombros sus melenas, y ajustaban otra vez los cintos que habían soltado de sus nudos, y las moteadas pieles se las ceñían con serpientes, que les lamían las mejillas. Y en su regazo tenían un cervatillo, o cachorros de lobos salvajes a los que daban la blanca leche cuantas recién paridas tenían aún los pechos rebosantes y habían dejado a sus hijos. Después se ponían coronas de hiedra o de encina. Una cogió el tirso y golpeó en la roca, de donde empezó a brotar como agua de rocío. Otra lo dejó caer sobre la tierra, y allí el dios hizo fluir un manantial de vino. Todas las que deseaban la blanca bebida removían la tierra con la punta de sus dedos y obtenían manantiales de leche, y de los tirsos cubiertos de hiedra destilaban dulces surcos de miel. Si hubieras estado allí, señor, al dios que ahora acusas irías con gratitud, después de ver estos hechos. Nos reunimos boyeros y pastores para discutir unos con otros esos prodigios dignos de admiración y uno que suele ir a la ciudad y sabe de palabras, nos dijo a todos: «¡Vosotros que habitáis las venerables cumbres de los montes! ¿Queréis

que cacemos a Ágave, la madre de Penteo, en medio de las bacanales, y nos ganemos así el agradecimiento del rey?». Nos pareció bien y nos pusimos al acecho, ocultándonos entre los matorrales. Ellas, en el momento indicado, movieron sus tirsos en la danza, invocando con gritos a Yacco, el hijo de Zeus, a Bromio llamaban. El monte entero y sus animales salvajes danzaban con ellas, nada había inmóvil a su rápido paso. Acertó Ágave a pasar junto a mí, y yo me precipité queriendo apresarla, dejando el escondite donde estaba oculto. Ella gritó: «¡Perras mías corredoras! ¡Nos quieren cazar estos hombres! ¡Seguidme, seguidme, armas con el tirso en vuestras manos!». Y nosotros, huyendo, nos libramos de ser descuartizados por las bacantes. Pero ellas atacaron con sus manos a nuestras terneras, las desgarraban a tirones lanzando los trozos arriba y abajo. Y los rojos pingajos colgaban de las ramas de los abetos chorreando sangre. Toros atrevidos y orgullosos caían al suelo empujados por infinitas manos de mujeres. Y los trozos de carne pasaban de una a otra más deprisa de lo que tus ojos, rey, podrían mirar. Corren como aves que levantan el vuelo hacia la llanura que junto al Asopo alimenta a los tebanos con sus fértiles espigas, y hacia Hisias y Eritras, que yacen a los pies del Citerón. Como enemigos invasores todo lo revuelven y alteran. Arrebatan a los niños de sus casas, y cuanto sobre sus hombros echaban se mantenía seguro sin ataduras, y no caía ni el bronce ni el hierro al negro suelo. Sobre sus cabellos ardía fuego sin quemar. La gente, furiosa, acudía a las armas ante el asalto de las bacantes. Entonces, señor, pudo verse un terrible espectáculo. Mientras las lanzas no se teñían de sangre, ellas levantaban con sus manos los tirsos, hiriendo y haciendo huir, mujeres a hombres. No les faltaba la ayuda de algún dios, señor. Regresaron a los lugares de donde habían salido, a las mismas fuentes que para ellas hizo brotar un dios, se lavaron la sangre, y a las salpicaduras de sus mejillas, las serpientes se las lamían. A esta divinidad, sea quien sea, rey, recíbela en la ciudad. Además dicen de él que dio a los hombres el don de la vid, remedio del pesar, y en su ausencia ya no queda ni amor ni ningún otro goce a los mortales.

CORIFEO.- Temo hablar con libertad ante el tirano, pero hablaré: el poder de Dioniso no es inferior al de ningún otro dios.

PENTEIO.- Ya se propaga como un fuego el frenesí de las ménades, grave afrenta contra los Helenos. No hay que vacilar. Ve a la puerta de Electra y que se presenten jinetes, de caballos rápidos, y los arqueros. ¡Vayamos contra las bacantes! Si vamos a sufrir de las ménades lo que nos sucede, ningún mal podrá superar a éste.

DIONISO.- No haces caso de mis advertencias, Penteo, pero pese a que me maltratas, voy a decirte que no debes levantar tus armas contra un dios, sino tener calma. Bromio no tolerará que expulses de los montes sagrados a las bacantes.

PENTEO.- ¡No pretendas corregirme tú! ¿Quieres conservar tu libertad, ya que has escapado? ¿O tendré que volver de nuevo la justicia contra ti?

DIONISO.- Más te valía que hicieses un sacrificio, en lugar de irritarte a ciegas contra el aguijón, ya que eres un mortal contra un dios.

PENTEO.- Le haré sacrificios, y de mujeres, como se merecen, grandes sacrificios en el Citerón.

DIONISO.- Os harán huir a todos. Será vergonzoso ver los escudos de bronce retroceder ante los tirsos de las bacantes.

PENTEO.- Siento inquietud ante este impenetrable extranjero que, aunque sufra o esté libre, no guarda silencio.

DIONISO.- ¡Amigo! Se puede resolver esto todavía.

PENTEO.- ¿Qué debo hacer? ¿Servir a mis esclavos?

DIONISO.- Yo traeré aquí a las mujeres, sin tomar las armas.

PENTEO.- ¿Qué clase de engaño tramas ahora contra mí?

DIONISO.- Sólo quiero salvarte con mis artes.

PENTEO.- En común acuerdo habéis urdido esto, para poder siempre celebrar a Baco.

DIONISO.- Hice un acuerdo, así es, pero con el dios.

PENTEO.- ¡Traed aquí las armas, y tú deja ya las palabras!

DIONISO.- ¡Espera! ¿Quieres verlas sentadas en los montes?

PENTEO.- Sí, daría infinito peso en oro.

DIONISO.- ¡Qué! ¡Tanto has sucumbido ante tu pasión por esto!

PENTEO.- Será penoso para mí verlas embriagadas.

DIONISO.- ¿Y verías con gusto lo que para ti es amargo?

PENTEO.- Sí, sentado en silencio, bajo los abetos.

DIONISO.- Pero te descubrirán, aunque llegues a escondidas.

PENTEO.- Entonces, iré abiertamente. Me has advertido bien.

DIONISO.- Si yo te guío, ¿te pondrás en camino?

PENTEO.- ¡Guíame cuanto antes, me enfurece ya tu demora!

DIONISO.- Entonces ponte sobre tu cuerpo un vestido de mujer.

PENTEO.- ¿Cómo? ¿A qué viene esto? ¿Voy a pasar de hombre a mujer?

DIONISO.- Para que no te maten si te ven allí como hombre.

PENTEO.- Tienes razón en esto. Desde hace tiempo eres sabio.

DIONISO.- Dioniso me instruyó en esto.

PENTEO.- ¿Cómo podré llevar a cabo tus consejos?

DIONISO.- Yo te vestiré, si entramos en el palacio.

PENTEO.- ¿Qué vestido? ¿De mujer? Siento vergüenza.

DIONISO.- ¿Ya no tienes ánimo para ir a contemplar a las ménades?

PENTEO.- ¿Qué vestido dices que me ponga?

DIONISO.- Yo extenderé sobre tu cabeza tu larga melena.

PENTEO.- ¿Qué otro adorno voy a llevar?

DIONISO.- Un vestido de lino, y una mitra en la cabeza.

PENTEO. - ¿Me pondrás alguna cosa más?

DIONISO.- Un tirso en la mano y una piel de cervato.

PENTEO.- No puedo llevar un vestido de mujer.

DIONISO.- Entonces derramarás sangre si te enfrentas con las armas a las bacantes.

PENTEO.- Es cierto, conviene primero ir a espiarlas.

DIONISO.- Esto es más prudente que combatir a las desgracias con desgracias.

PENTEIO.-¿Y cómo pasaré por la ciudad, sin que me vean los Cadmeos?

DIONISO.- Iremos por calles solitarias, yo te guiaré.

PENTEIO.- Todo será mejor que que se burlen de mí las bacantes. Entraré en palacio. Allí decidiré lo que crea conveniente.

DIONISO.- ¡Ve! De cualquier forma ya estoy preparado.

PENTEIO.- Voy a marchar. O bien saldré con las armas o seguiré tus consejos.

DIONISO.- ¡Marchará hacia las bacantes! ¡Pagará con la muerte lo que debe! ¡Mujeres, nuestro hombre está en la red! ¡Dioniso, tuya es la acción! Quítale la razón, inspírale una ligera locura para que vista un atuendo de mujer. Quiero que él sirva de escarmiento y risa a los tebanos, cuando disfrazado de bacante yo lo guíe a través de la ciudad, después de sus amenazas de antes, en las que parecía tan tremendo. Voy a ajustar a Penteo el adorno con el que saldrá hacia el Hades, adonde irá muerto por la mano de su madre. Conocerá a Dioniso, el hijo de Zeus, un dios terrible, pero el más dulce para la humanidad.

CORO.-

(Estrofa)

*En danzas nocturnas,
celebrando a Baco,
pondré mi blanco pie,
al aire puro y al rocío
mi cuello abandonaré,
como una corza que retoza
en los prados, al escapar
de una terrible cacería,
fuera del acecho de redes bien tejidas.
Y venciendo a la terrible jauría que el cazador
con terribles gritos azuza, angustiada,
como un torbellino en esforzada carrera,
cuando alcance el llano junto al río,
gozaré de la soledad, lejos de los humanos,
sobre los retoños del bosque sombrío.
¿Qué es la sabiduría? ¿O qué honor
ofrecido por los dioses a los mortales
es más bello que sostener la mano vencedora
sobre la cabeza de nuestros enemigos?*

Lo bello es siempre amado.

(Antístrofa)

*Tarde llega, mas es seguro
el poder de los dioses,
y exige una rendición de cuentas
a los mortales que la insensatez honran,
y con loca opinión desprecian lo divino.
Acechan los dioses con infinitas artes
el lento transcurrir del tiempo,
y dan caza al impío.
Nada mejor que las tradiciones
se debe reconocer y practicar.
Poco cuesta creer que tiene fuerza
lo que es divino, sea lo que sea,
y lo que desde largo tiempo está ordenado
siempre es así por naturaleza.
¿Qué es la sabiduría? ¿O qué honor
ofrecido por los dioses a los mortales
es más bello que sostener la mano vencedora
sobre la cabeza de nuestros enemigos?
Lo bello es siempre amado.*

Epodo

*¡Dichoso quien del mar escapó
a la tempestad, y alcanzó el puerto!
¡Dichoso quien se ha sobrepuesto de sus pesares!
Cada cual a su manera supera al otro
En fuerza y fortuna.
¡Infinitos son los humanos!
¡Infinitas esperanzas tienen!
Unas se cumplen, otras se desvanecen.
Al que cada día la vida feliz tiene,
a ese considero afortunado.*

DIONISO.- A ti, que deseas ver lo que no debes y que acometes lo que no deberías intentar, a ti, Penteo, te llamo. Sal de una vez ante el palacio, para que te vean conmigo, vestido de ménade bacante, como conviene a un espía de tu madre. Pareces, por tu aspecto, una de las hijas de Cadmo.

PENTEEO.- Me parece ver dos soles, y una doble Tebas y sus siete puertas, y tú parece que me guías en forma de toro y que han crecido cuernos sobre tu cabeza. Pero,

¿es que eras antes ya una fiera? Realmente pareces un toro.

DIONISO.- El dios nos acompaña, es nuestro aliado, antes no estaba bien dispuesto, ahora ves lo que debes ver.

PENTEO.- ¿Qué parezco así? ¿Tengo el porte de Ino, o el de Ágave, mi madre?

DIONISO.- Me parece que las estoy viendo cuando te miro. Pero este rizo se ha salido de su sitio, no está como yo lo coloqué bajo la diadema.

PENTEO.- Agitando mi cabeza ahí dentro como las bacantes, yo lo moví de su sitio.

DIONISO.- Puesto que tengo que cuidarte, yo te lo compondré de nuevo. Levanta la cabeza.

PENTEO.- Ya está, arréglalo tú, a ti me entrego.

DIONISO.- Pero el cinturón se te ha aflojado y no caen bien los pliegues de tu peplo en los tobillos.

PENTEO.- Me lo parece a mí también, en el pie derecho; pero por esta parte junto al talón el peplo me sienta bien.

DIONISO.- Me considerarás el mejor de tus amigos, cuando veas, contra lo que ahora crees, a las bacantes comportarse sensatamente.

PENTEO.- ¿Cómo me pareceré más a una bacante, cogiendo el tirso con la mano derecha o con ésta?

DIONISO.- Con la derecha, al mismo tiempo que el pie derecho, se deben levantar a la vez. Celebro que hayas cambiado tu opinión.

PENTEO.- ¿Podría llevar sobre mis hombros al Citerón, y a las mismas bacantes?

DIONISO.- Podrías si quisieras. Antes tu mente estaba enferma, ahora está como debe.

PENTEO.- ¿Llevamos palancas o lo levantaré con mis manos, apoyando en las cumbres mi hombro o mi mano?

DIONISO.- ¡No olvides los santuarios ni las Ninfas, o el cobijo donde Pan compone su música de flauta!

PENTEO.- Dices bien. No se debe vencer a las mujeres con la violencia. Me ocultaré

entre los abetos.

DIONISO.- Encontrarás el escondrijo adecuado para que tú quedes oculto, ya que vas como insidioso espía de las ménades.

PENTEO.- Ya me parece verlas como a pájaros en la enramada, enlazadas en el amoroso abrazo de sus lechos.

DIONISO.- Precisamente esto vas a ver, tal vez las sorprendas, si no te sorprenden a ti antes.

PENTEO.- Guíame a través de esta tierra tebana, pues soy entre todos ellos el único hombre que se atreve a esto.

DIONISO.- Sólo tú sufres por esta ciudad, sólo tú debes librar unos combates que hace ya tiempo te aguardan. Sígueme, yo seré un guía seguro, pero de allí otro te traerá.

PENTEO.- ¡La que me dio a luz!

DIONISO.- Siendo un ejemplo para todos.

PENTEO.- Para eso voy.

DIONISO.- Ya te traerán.

PENTEO.- Anticipas mi esplendor.

DIONISO.- Vendrás en brazos de tu madre.

PENTEO.- Me obligarás a dejarme mimar.

DIONISO.- Y con qué mimos.

PENTEO.- Alcanzo lo que merezco.

DIONISO.- ¡Tu aspecto produce espanto, terrible eres, y a terribles sufrimientos vas, el clamor de tu agonía llegará hasta el cielo! Tiende, Ágave, tus manos, y vosotras, hijas de Cadmo. Conduzco a Penteo a un gran combate, yo seré el vencedor y Bromio, lo será. Lo demás ya se verá.

CORO.-

(Estrofa)

*¡Id, rápidas perras de la Rabia! ¡Id al monte,
donde tienen su tíaso las hijas de Cadmo!
¡Aguijoneadlas contra el que va disfrazado de mujer,
contra el rabioso espía de las ménades!
Será su madre la primera que lo descubrirá
espiondo desde una lisa roca o un abeto,
y lo mostrará a las ménades:
¿Quién es este espía de las Cadmeas?
¡Al monte, al monte ha venido,
ha venido, bacantes!
¿Quién lo ha dado a luz?
¡De una leona o Gorgona de Libia nació,
no de sangre de mujer!
¡Venga la justicia manifiesta,
venga armada con espada
y corte su cuello de un tajo,
al sin dios, ni ley, ni justicia,
al hijo de Equión, al engendro de la tierra!
Quien con insensato juicio y furor criminal,
contra tus cultos, Baco, y los de tu madre,
con mente furiosa y voluntad desvariada
marcha dispuesto a dominar por la violencia.
¡Lo invencible!
De tales pensamientos,
hace arrepentirse,
¡La, muerte!
¡Venga la justicia manifiesta!
¡Venga armada con espada,
y corte su cuello de un tajo,
al sin dios, ni ley, ni justicia,
al hijo de Equión,
al engendro de la tierra!*

(Epodo)

*¡Muéstrate como un toro,
o un dragón de muchas cabezas,
o un león que resopla fuego!
¡Ven, Baco, y al cazador de las bacantes,
échale al cuello, con sonriente rostro,
tu lazo mortal, en cuanto caiga a los pies
de la jauría de las ménades!*

MENSAJERO.- *¡Oh casa, antes feliz por toda la Hélade,
palacio del anciano de Sidón, el que sembró
en esta tierra la cosecha de la Serpiente,
del monstruoso dragón! ¡Cómo lloro por ti,
aunque no soy más que un esclavo!
¡Dolor es para el buen esclavo
el sufrimiento de sus amos!*

CORIFEO.- ¿Qué sucede? ¿Anuncias algo nuevo de las bacantes?

MENSAJERO.- ¡Ha muerto Penteo, el hijo de Equión!

CORIFEO.- ¡Soberano Bromio, te muestras como un gran dios!

MENSAJERO.- ¿Qué dices? ¿Por qué dices eso? ¿Del mal que le sucede a mis amos
te alegras, mujer?

CORIFEO.- ¡Grito evohé, como extranjera con cantos bárbaros, porque ya no
temblaré por miedo a la prisión!

MENSAJERO.- ¡Tan cobarde juzgas a Tebas!

CORIFEO.- ¡Dioniso es mi soberano, Dioniso, no Tebas!

MENSAJERO.- Te disculpo, ¡pero alegrarse de las desgracias que han sucedido no es
noble, mujer!

CORIFEO.- Dime, cuéntame, ¿de qué muerte murió ese hombre injusto que tanta
injusticia procuró?

MENSAJERO.- Después de dejar esta tierra de Tebas y pasar la corriente del Asopo,
entramos por la ladera del Citerón Penteo y yo, que acompañaba a mi señor, y el
extranjero que era el guía de la peregrinación. Primero alcanzamos un hermoso
valle; íbamos ya guardando silencio de pies y de lengua, para ver sin ser vistos.
Era un recodo cerrado por peñascos, regado por arroyos y sombreado por los
pinos, donde las ménades estaban sentadas, con las manos ocupadas en dulces
tareas. Unas cubrían de nuevo con coronas de hiedra el tirso que había perdido su
cabellera de hojas. Otras, como si fueran potrillas desuncidas de sus pesados
yugos, cantaban, en alternancia de unas y otras, una báquica canción. El
desdichado Penteo, que no veía la turba de mujeres, dijo: «Extranjero, desde
donde estamos, no alcanzo a ver a esas falsas ménades; desde un picacho o un
abeto, vería mejor la vergonzosa ocupación de las ménades». Y a partir de aquí, vi
ya el milagro del extranjero: agarró la rama más alta de un abeto, y la hacía bajar,

la bajaba, la bajaba hasta la negra tierra curvándola como un arco, de manera imposible para un mortal. Colocó a Penteo en las ramas del abeto y, reteniéndolas con sus manos, las fue soltando poco a poco, con cuidado, para que no lo despidiera. Y el árbol se quedó firme, derecho hacia el alto cielo, llevando sobre sus ramas, encaramado, a mi señor. Apenas se le distinguía, cuando ya no estaba ante mi vista el extranjero. Entonces, desde lo profundo del cielo, una voz, según parece de Dioniso, gritó: «¡Ah, jóvenes mujeres, os traigo al que de vosotras, de mí y de mis ritos se ríe! ¡Castigadle ahora en venganza!». Y según decía esto, en el cielo y en la tierra quedaba fija una luz de fuego sagrado. Quedó en silencio el aire, y en silencio el boscoso valle retenía sus hojas, ni siquiera se oía algún aullido de sus animales. Ellas, que en sus oídos la voz no habían percibido con claridad se pusieron en pie, alertas, y buscaban con sus ojos. Él repitió la orden, y cuando conocieron claramente la llamada de Baco, las hijas de Cadmo se precipitaron como palomas en única y rápida carrera, su madre, Ágave con sus hermanas y todas las bacantes. A saltos traspasaron los torrentes del valle y los precipicios, enloquecidas por la inspiración del dios. Cuando vieron a mi señor, le arrojaron violentamente piedras, otras echaban los tirsos por el aire a Penteo, blanco desgraciado, pero no alcanzaban. Pues en su altura por encima de los furiosos ataques quedaba el infeliz, lleno de angustia. Al final, con ramas de encina desgarraban las raíces, pero como no lograban el fin de sus esfuerzos, dijo Ágave: «Rodead el tronco y arrancadlo, ménades, para que demos caza a la fiera que ha trepado y no pueda pregonar las secretas danzas en honor del dios». Ellas, con incontables manos, arrancaron sus raíces de la tierra. El desdichado Penteo desde arriba cayó al suelo dando terribles alaridos, porque comprendía que estaba cerca su desgracia. Su madre, la primera, comenzó como sacerdotisa el sacrificio, y se abalanzó contra él; Penteo se arrancó la mitra de su cabello, para que lo reconociese y no lo matara la infeliz Ágave, y le decía acariciando su mejilla: «¡Soy yo, madre mía, tu hijo Penteo, al que pariste en la casa de Equión! ¡Ten piedad de mí, madre, por mis errores no mates a tu propio hijo!». Pero ella, echando espuma por la boca, extraviadas sus pupilas, en pleno desvarío, sin cuidar lo que debía cuidar, dominada por Baco, no le hizo caso. Agarró por el codo el brazo izquierdo y poniendo el pie en el costado del infeliz le arrancó el hombro, no con su fuerza, sino porque el dios había dado destreza a sus manos. Ino desgarraba sus carnes, y Autónoe y toda la turba de bacantes se le echó encima. Había un terrible griterío. Él gemía de dolor, mientras tuvo aliento. Ellas, gritando victoria, desnudaban sus costados a tirones. Y todas, con las manos teñidas de sangre, se pasaban una a otra la carne de Penteo. Su cuerpo yace esparcido, al pie de las ásperas rocas entre la densa enramada del bosque. No será fácil de encontrar. Y su triste cabeza, clavada en la punta de un tirso, la lleva su madre como si fuera la de un león salvaje, a través del Citerón, dejando a sus hermanas con los coros de las ménades, camina orgullosa de su desgraciada presa

hacia esta ciudad, invocando a Baco, como su compañero de caza, su colaborador en el triunfo, el de la bella victoria el que le da un premio de lágrimas. Yo me voy lejos de esta desgracia antes de que Ágave llegue a esta casa. Ser prudentes y respetar las cosas divinas, es lo mejor. Creo que eso mismo es la más sabia de las riquezas de las que pueden servirse los mortales.

CORO.-

*Celebremos con danzas a Baco,
pregonando con gritos la desdicha
de Penteo, el engendro del dragón
que agitando un bello tirso
y vestido de mujer, en su marcha
hacia el Hades, tuvo a un toro
como guía en su desgracia.
¡Bacantes Cadmeas!
¡Habéis cambiado el himno de victoria
en lamentos, en lágrimas!
¡Hermoso combate, bañar en la sangre
de su propio hijo la mano goteante!*

CORIFEO.- Veo que hacia el palacio, con mirada extraviada, apresura el paso Ágave, la madre de Penteo. ¡Recibid al cortejo del dios del evohé!

(Estrofa)

ÁGAVE.- *¡Bacantes de Asia!*

CORO.- *¿Para qué me gritas?*

ÁGAVE.- *¡Traemos desde el monte un pámpano recién cortado para adorno del palacio, una valiosa presa!*

CORO.- *La veo, y te recibiré en mi cortejo.*

ÁGAVE.- *Cacé sin lazos este cachorro de león salvaje, como puedes ver.*

CORO.- *¿En qué tierra salvaje?*

ÁGAVE.- *En el Citerón.*

CORO.- *¿En el Citerón?*

ÁGAVE.- *Le dio muerte.*

CORO.- *¿Quién lo hirió la primera?*

ÁGAVE.- *¡Mío es el honor!*

CORO.- *¡Dichosa Ágave!*

ÁGAVE.- *Así me llaman en los tíasos de Baco.*

CORO.- *¿Quién más lo hirió?*

ÁGAVE.- *Las de Cadmo.*

CORO.- *¿Qué de Cadmo?*

ÁGAVE.- *Sus hijas, después de mí, después de mí.*

CORO.- *¡Alcanzaron la fiera, dichosa fue la cacería!*

(Antístrofa)

ÁGAVE.- *Ven a tomar parte en el festín.*

CORO.- *¿Cómo? ¿De qué voy a participar? ¡Infeliz!*

ÁGAVE.- *¡Joven es el cachorro, poco ha que en su quijada bajo su larga melena, ha
florecido la barba!*

CORO.- *Ahora ha cobrado el terrible aspecto de una fiera salvaje.*

ÁGAVE.- *Baco, cazador hábil, hábilmente azuzó a las ménades contra esta fiera.*

CORO.- *¡Nuestro soberano es cazador!*

ÁGAVE.- *¿Me alabas?*

CORO.- *Te alabo.*

ÁGAVE.- *¡Pronto los Cadmeos...!*

CORO.- *¿Y tu hijo Penteo...?*

ÁGAVE.- *¡Penteo! Ensalzará a su madre que ha capturado este cachorro de león.*

CORO.- *¡Sublime caza!*

ÁGAVE.- *¡Sublimemente cazada!*

CORO.- *¿Estás orgullosa?*

ÁGAVE.- *Estoy alegre, mucho, porque es grandiosa, grandiosa y evidente la pieza que he logrado.*

CORO.- ¡Muestra ahora, infeliz, a los ciudadanos, la presa que como trofeo de victoria has traído!

ÁGAVE.- Tebanos, que esta ciudad de hermosas torres habitáis, venid a ver esta pieza, esta fiera que nosotras, las hijas de Cadmo, hemos cazado, sin dardos tesalios, ni redes, sólo con la fuerza de nuestros blancos brazos. Ante esto, ¿a qué viene la jactancia del cazador? ¿Por qué adquirir en vano las armas de los lanceros? Nosotras, con nuestras propias manos, cogimos a esta fiera, y aparte despedazamos sus miembros. ¿Dónde está mi viejo padre? ¡Que venga aquí! ¿Y Penteo, mi hijo, dónde está? Que levante una escalera, y la apoye en el palacio, para que clave en los triglifos esta cabeza de león que yo he cazado y le presento.

CADMO.- Seguidme trayendo la triste carga de Penteo, seguidme, servidores, hasta el palacio. Con infinito sufrimiento, rebusqué su cuerpo, y he recogido sus miembros esparcidos en ese bosque tan difícil de rastrear y traigo aquí desde los repliegues del Citerón a mi nieto desgarrado. Cuando regresaba con el anciano Tiresias de las bacanales, ya dentro de los muros de la ciudad, alguien me contó las atrocidades de mis hijas. Volví de nuevo al monte, y traigo de allí a mi nieto, despedazado por las ménades. He visto a Autónoe la que de Aristeo parió a Acteón, y junto a ella a Ino, en el bosque, delirantes aún. Alguien me dijo que Ágave con danzas báquicas venía hacia aquí. Y no era falso. Aquí la veo. ¡Horrible visión, visión desventurada!

ÁGAVE.- Padre, orgulloso puedes estar de haber engendrado unas hijas superiores en mucho a todos los mortales, de todas lo digo, pero en especial de mí, que dejé las lanzaderas junto al telar y he logrado acometer más noble empresa, cazar fieras con mis manos. Llevo en mis brazos, como ves, un trofeo de mi valor, para que colgado delante de tu palacio se exponga. Tómallo en tus manos, padre, y orgulloso de mi presa, invita a tus amigos a un festejo, pues eres dichoso, dichoso por lo que nosotras hemos realizado.

CADMO.- ¡Pena desmedida, irresistible espectáculo, de quienes han causado esta matanza con desgraciadas manos! ¡Hermosa víctima has sacrificado a los dioses, y ahora nos invitas al banquete a mí y a Tebas! ¡Ay, terribles desgracias, primero las tuyas, después las mías! ¡De qué manera, aunque ha nacido de nuestro linaje,

el dios, el soberano Bromio, con justicia pero con exceso, nos ha castigado!

ÁGAVE.- ¡Qué torpe es la vejez de los hombres, y qué sombría su mirada! ¡Ojalá mi hijo fuera afortunado en la caza, y comparable a su madre, cuando vaya de cacería con los jóvenes tebanos! Pero él sólo sabe luchar contra un dios. Tú has de hacerle entrar en razón, padre ¿Quién querría llamarle a mi presencia, para que me vea tan feliz?

CADMO.- ¡Ay, ay! ¡Cuando comprendas lo que habéis hecho, afligirá tu corazón un terrible dolor! Pero si hasta el fin permaneces como estás ahora, no podrá decirse que eres dichosa, pero tampoco desgraciada.

ÁGAVE.- ¿Qué hay de malo en esto o qué tiene de dolor?

CADMO.- Antes de nada, levanta tu mirada hacia el cielo.

ÁGAVE.- ¡Ya lo he hecho! ¿Por qué me has ordenado mirarlo?

CADMO.- ¿Todavía te parece el mismo o crees ver algún cambio?

ÁGAVE.- Más brillante que antes y más transparente.

CADMO.- Lo que antes te había perturbado, está aún en tu alma.

ÁGAVE.- No entiendo tus palabras. Pero me sucede como si volviera en mí, alterando mis pensamientos de antes.

CADMO.- ¿Puedes oír bien y responder con claridad?

ÁGAVE.- He olvidado lo que dije antes, padre.

CADMO.- ¿A qué casa fuiste después de tu boda?

ÁGAVE.- Me entregaste a Equión, un Esparto, según dicen.

CADMO.- ¿Y en su casa, qué hijo nació de tu esposo?

ÁGAVE.- Penteo, de la unión de su padre conmigo.

CADMO.- ¿De quién es el rostro que tienes en tus brazos?

ÁGAVE.- De un león, según decían las que le cazaron.

CADMO.- Ahora míralo bien, poco esfuerzo es mirar.

ÁGAVE.- ¡Ah! ¿Qué veo, qué llevo en mis manos?

CADMO.- Obsérvalo y ten la certeza.

ÁGAVE.- Contemplo un infinito dolor, ¡desgraciada de mí!

CADMO.- ¿Acaso te parece que es semejante a un león?

ÁGAVE.- No; ¡infeliz de mí, tengo la cabeza de Penteo!

CADMO.- Antes de que tú lo reconocieras yo lo he llorado.

ÁGAVE.- ¿Quién lo mató? ¿Cómo ha llegado a mis manos?

CADMO.- ¡Verdad cruel! ¿Por qué te presentas a destiempo?

ÁGAVE.- Habla, que un presentimiento hace palpar mi corazón.

CADMO.- Tú lo mataste y tus hermanas contigo.

ÁGAVE.- ¿Dónde murió? ¿En casa? ¿En qué sitio?

CADMO.- Allí donde antaño destrozaron a Acteón sus perros.

ÁGAVE.- ¿Por qué fue al Citerón? ¡Ah, desdichado!

CADMO.- Iba a las bacanales a burlarse del dios.

ÁGAVE.- Y nosotras, ¿cómo fuimos allí?

CADMO.- Estabais locas, y toda la ciudad estaba poseída por Baco.

ÁGAVE.- ¡Dioniso nos destruyó, ahora lo comprendo!

CADMO.- Fue ultrajado en exceso, pues lo negabais como dios.

ÁGAVE.- ¿Y el queridísimo cuerpo de mi hijo, dónde está, padre?

CADMO.- Yo lo he rastreado a duras penas, aquí lo traigo.

ÁGAVE.- ¿Está todo entero y sin despedazar? ¡Ay, ay anciano! ¿Cómo voy a cogerlo en mi regazo, si no me atrevo a tocarlo? ¿Cómo voy a llorarlo? ¿Cómo abrazar cada miembro de mi hijo, cubriendo de besos la carne que yo crié? ¡Oh, queridísimo rostro! ¡Oh, joven mejilla! ¡Mira, con este velo cubro tu cabeza y tus

miembros, ensangrentados, lacerados...! ¡Ah, terriblemente desgraciada, antaño orgullosa...! ¡Ay Penteo! ¿De qué parte de mi insensatez tú participaste?

CADMO.- Era semejante a vosotras y no le veneraba como dios. Y así os juntó a todos en un mismo castigo, a vosotras y a él, y perdisteis a la casa y a mí, que, sin hijos varones, veo a este fruto de tu vientre, desgraciada, muerto de la manera más vergonzosa y cruel. En él fijaba su mirada nuestra casa. En ti, hijo mío, que sostenías mi techo y eras el terror de la ciudad, al contemplar tu rostro, nadie se atrevía a ultrajar a este viejo pues habría recibido un justo castigo. Ahora seré expulsado de mi casa, sin honor, yo, el gran Cadmo, que sembré la estirpe de los tebanos, y recogí una espléndida cosecha. ¡Oh, el más querido de los hombres, tú, aunque ya no existes, siempre estarás entre mis seres más queridos! Ya nunca tocarás con tu mano este rostro del padre de tu madre ni me abrazarás, hijo, diciéndome: «¿Quién te molesta? ¿Quién te falta al respeto? ¿Qué miserable alborota y perturba tu corazón? Dímelo, para que yo castigue al que te hiera, padre mío». Ahora, yo soy un viejo miserable, tú un desdichado, lamentable es tu madre y desdichadas sus hermanas. Si hay alguien que desprecie lo que es divino, que considere la muerte de éste y crea en los dioses.

CORIFEO.- Te compadezco, Cadmo; pero ha tenido un justo castigo el hijo de tu hija, aunque doloroso para ti.

ÁGAVE.- ¡Ay, padre, ya ves cómo ha cambiado mi destino!

DIONISO.- Penteo maltrató a un dios benefactor, enfurecido por los celos y el rencor. Llegó a encadenarme y a injuriarme con insultos. Por eso ha muerto en manos de quien menos debía. Y eso lo ha sufrido justamente. En cuanto a los males que el pueblo debe sufrir, no los ocultaré. Abandonará su ciudad, cediendo ante los bárbaros. Y llegarán a muchas ciudades bajo el yugo de la esclavitud, desdichados. Sacrílegos rumores propagaron los Cadmeos falsamente al decir que yo había de algún mortal. Y no les bastó con haberme ultrajado con esto. Es preciso que la que le dio muerte abandone la ciudad y también las demás, expiando la pena de su mancha sacrílega por él, al que mataron. Ya no verán más su tierra patria, pues no es piadoso que los asesinos permanezcan junto a las tumbas. Ahora, las penalidades que tú, Cadmo, has de sufrir te diré. Te convertirás en dragón, y tu esposa Harmonía, que recibiste de Ares, aunque eras mortal, en serpiente. Junto a ella irás, como dice el oráculo de Zeus, al frente de bárbaros arrasando muchas ciudades con tu ejército incontable. Pero al saquear el santuario de Apolo, obtendrás a cambio un trágico retorno. Pero a ti y a Harmonía, Ares os salvará y transportará tu vida a la Tierra de los Bienaventurados. Esto os digo yo, Dioniso, hijo de Zeus. Si hubierais sabido practicar la sensatez, me habríais tenido como aliado.

CADMO.- ¡Te suplicamos, Dioniso, te hemos ofendido!

DIONISO.- Mucho habéis tardado en reconocerme; cuando era necesario, no lo hicisteis.

CADMO.- Lo reconocemos, pero tu venganza es excesiva.

DIONISO.- Porque yo, que he nacido dios, fui ofendido por vosotros.

CADMO.- Pero los dioses no deben tener la ira igual a los hombres.

DIONISO.- Desde antaño, Zeus, mi padre, lo había decretado todo.

ÁGAVE.- ¡Ay, anciano, padre mío, está ya determinado un triste destierro!

DIONISO.- ¿Por qué, pues, demoráis lo que es necesario?

CADMO.- ¡Ay, hija, en qué terrible desgracia hemos caído todos, tú, desgraciada, y tus hermanas! Y yo debo salir de mi casa como un viejo errante y aún me está predestinado traer a la Hélade un confuso ejército de bárbaros. Y a mi esposa Harmonía, la hija de Ares, transformada en serpiente, la traeré, yo, como un dragón, contra los altares y las tumbas griegas. Y no cesaré en las desgracias, ni haré la travesía del subterráneo Aqueronte para alcanzar la paz.

ÁGAVE.- ¡Padre, saldré al destierro privada de tu compañía!

CADMO.- ¿Por qué me rodeas con tus brazos, desdichada, hija mía, como un cisne alado, a un viejo canoso e inútil?

ÁGAVE.- ¿A dónde voy a dirigirme, expulsada de mi patria?

CADMO.- No sé, hija; pequeño auxilio es tu padre.

ÁGAVE.- ¡Adiós palacio! ¡Adiós, ciudad de mis padres! Desterrada de mi casa, te abandono en mi desgracia. Por ti lloro, padre.

CADMO.- Y yo lloro por ti, hija, y por tus hermanas.

ÁGAVE.- De una manera terrible, el soberano Dioniso ha llevado esta herida a tu casa.

DIONISO.- ¡Terribles fueron también mis sufrimientos, cuando no honrabais mi nombre en Tebas!

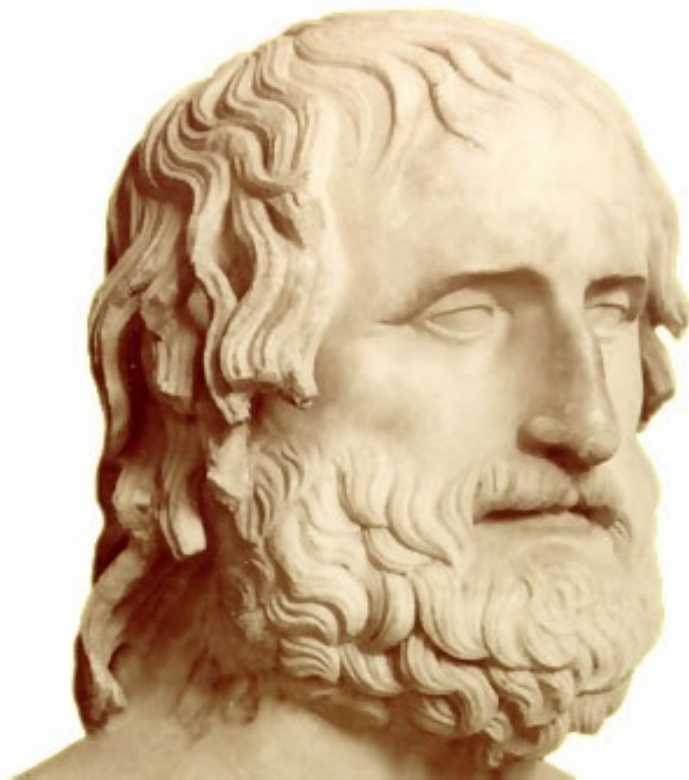
ÁGAVE.- ¡Ve en paz, padre!

CADMO.- ¡Ve en paz, desdichada hija, aunque difícilmente mi deseo se cumpla!

ÁGAVE.- Llevadme, amigas mías, adonde pueda encontrar a mis hermanas para que sean mis tristes compañeras del destierro. ¡Ojalá llegue adonde ni el maldito Citerón me vea, ni yo con mis ojos al maldito Citerón! ¡Adonde no quede huella de ningún tirso, que de ello se ocupen otras bacantes!

CORO.-

*Muchas son las formas de lo divino,
y muchas cosas deciden los dioses contra lo previsto.
Lo que se esperaba no se cumplió,
mientras encuentra, la divinidad, salida a lo increíble.
De tal modo ha concluido este suceso.*



Eurípides era hijo de Mnesarco o Mnesárquides, un rico terrateniente ateniense, y de Clito, de reconocida progenie. Nació en Flía, aldea del Ática, en el 485/484 a. C, fecha que atestigua el Mármol de Paros. En su infancia fue copero de un gremio de Danzantes, que bailaban alrededor del altar de Apolo Delio y que eran escogidos de entre las primeras familias atenienses, y fue portador del fuego sagrado en la fiesta de Apolo Zoster.

Sus padres poseían una hacienda en Salamina, a donde marcharon cuando se acercaban los persas. Contaba Eurípides ocho años cuando se reedificaron los muros de Atenas y la ciudad empezó a restaurar los templos y los festivales sacros. Quizá a los doce años pudo ver la representación de *Los persas* de Esquilo. En el 466 a. C. llegó a ser efebo y se incorporó en la guarnición de frontera en el Ática. Era un buen atleta y consta que ganó premios en Atenas y Eleusis, pero su gran afición fue la pintura; en Mégara se descubrieron algunas que se aseguraban de Eurípides. Los textos de sus obras nos descubren una especial predilección por la descripción y composiciones de figuras y tonos cromáticos.

Tenía un buen conocimiento de la tradición literaria: Homero, Hesíodo, Solón y demás poetas líricos, y de los otros dos grandes trágicos. Se preocupó siempre por las corrientes culturales y las discusiones intelectuales que el ambiente de la Atenas de su época proporcionaba. Grandes filósofos y sofistas fueron sus maestros según la tradición: Anaxágoras de Clazómenas, al que admiraba; Pródico y Protágoras, y es bastante probable que Protágoras hubiera dado justo en casa de Eurípides una lectura de su tratado *Sobre los dioses*, obra perdida. Conoció a Diógenes de Apolonia, y entre

los más jóvenes a Sócrates.

Se casó dos veces, la primera con Melito y después con Quérila, que le dio tres hijos; el menor de ellos, llamado Eurípides «el Joven», representaría después obras de su padre. Era un hombre solitario y austero; según la tradición, detestaba a las mujeres y vivía en una cueva de la isla de Salamina, desde la que contemplaba el mar. Un busto tomado en su vejez lo muestra con expresión melancólica, larga barba, el pelo suave y los labios finos.

En sus últimos años vivió apartado; se habían desvanecido sus sueños sobre su ciudad, Atenas, que no le había perdonado las denuncias contra la injusticia que el poeta manifestaba en su obra. Atenas le dio la espalda y se produjo contra él una atmósfera hostil. Poco después de la representación del *Orestes*, Eurípides optó por el destierro voluntario: se dirigió primero a Magnesia, ciudad situada en el valle del Meandro. Su estancia fue corta e, invitado por Arquelao, rey de Macedonia, acudió a este reino, donde pasó sus últimos días. Allí muere en el 406 a. C. Según cuentan, estaba Eurípides en un bosque cercano a la ciudad, cuando los cazadores del rey Arquelao, que había salido de caza, soltaron los perros y éstos atacaron a Eurípides, destrozándole. Ese mismo año moría Sófocles en Atenas.